

ALEJO CARPENTIER: *El recurso del método*. Madrid. Ed. Siglo XXI, 1974.

El escritor cubano rompe su silencio de casi diez años con *El recurso del método*¹, novela en que se propone hacer un análisis del prototipo del dictador y de la dictadura hispanoamericanos².

No se desarrolla en un país localizado, sino en uno que es conglomerado de rasgos típicos de la geografía sudamericana: como Cuba, esa nación vive, sobre todo, del azúcar y del tabaco; tiene costas al Atlántico y al Pacífico, como Colombia, por ejemplo; la presencia de la United Fruit Co. recuerda Guatemala y Panamá, y la «desembarcación» de los *marines* estadounidenses, todo el Caribe; la lucha de la ciudad de Nueva Córdoba hace pensar en la Argentina, y Méjico está presente con su producción de plata y petróleo y con el famoso volcán Tutelar³. El tiempo se puede fijar, precisamente, a través de las alusiones a sucesos históricos: Carpentier se refiere a los años inmediatamente posteriores a la caída del dictador Porfirio Díaz en Méjico y al hundimiento del «Titanic» (1911-1912) hasta el final de los años veinte⁴.

Lo nuevo en esta novela es el tono de humor, de ironía y de picardía. Dice el propio autor que durante muchos años pensó escribir una novela picaresca como en España, trasladada al continente sudamericano: un pícaro engrandecido en este continente inmenso. Entre los tres tipos de dictador —el inculco de pistola, como López y Gómez en Paraguay y Venezuela; el «dictador a secas», como Machado en Cuba, y el inteligente, grandilocuente y complejo que, como Estrada Cabrera en Guatemala (1898-1920), es mecenas de artistas y construye templos, a la vez que mete a sus oponentes en calabozos—, Carpentier elige este último. De esta forma, el protagonista de *El recurso del método* ha resultado un dictador bufón, general de título usurpado y pícaro. El protagonista no tiene nombre; se llama, simplemente, «el Primer Magistrado»⁵. Después de su caída se da él mismo el nombre de «el Ex», y luego es «el Patriarca». Ha subido desde periodista provinciano hasta primer político, con cuatro hijos pretenciosos y —sobre todo la hija— picarescos.

Son arquetípicas las situaciones de una tiranía hispanoamericana: jaulas, redadas, prisiones, torturas, estado de sitio y oposición con hojas clandestinas, manifiestos y literatura roja (31, 185). El Primer Magistrado se bate en cuatro batallas contra sus adversarios: una que le lleva hacia el Norte; otra, al Sur; la tercera, al Este, y la última, al Oeste (121). Se nota la intención de sincronización e ironía.

Los políticos oponentes no son menos generalizados⁶. Encontramos a tres generales: Atáulfo Galván, que da el primer golpe y que será pronto liqui-

¹ En 1962 se publicó *El siglo de las luces*, otro título que se refiere a la época del racionalismo, y en 1967 la novela corta *El derecho de asilo*.

² El autor anunció tres novelas a la vez: la misma *El recurso del método*, *Concierto barroco*, aparecida ahora, y otra todavía desconocida.

³ A pesar de que el autor —con cierta ironía— excluye teóricamente todos estos países con sus alusiones: Cuba (42, 326), Méjico (11, 23, 64), Perú, (64), Guatemala (155), Argentina y Brasil (195), Chile y las Antillas (196).

⁴ Alude el escritor al asesinato de Matteotti en Italia (1924) y a la subida de Mussolini y la instalación en el poder de Machado en Cuba (319, 327); cf. la entrevista con Miguel F. Roa en el *ABC Dominicano* del 2 de febrero de 1975 (28 y sigs.).

⁵ Sólo una vez se menciona su verdadero nombre «Valverde» (199), pero casi se lamenta esta ruptura del anonimato.

⁶ Comienza la novela ya con arquetipos: *el peluquero, el sastre, el ilustre académico*; cf. luego *los denunciantes*, pág. 183.

dado; el segundo, que fue a negociar, recibió «un cañonazo de cien mil pesos...», sin estrépito ni gesto que pudiese herir su honor» (76); el tercero, el alemán Hoffmann, «prusiano con abuela negra en el traspatio» (75), se hunde en arenas movilizadas, contemplado tranquilamente por sus soldados.

Otro prototipo de oponente es el «caudillo popular» Miguel Estatua, pero pronto su levantamiento termina en una matanza macabra (81 y sigs.).

Otro tipo de adversario es un doctor de filosofía, seco, grandilocuente e indeciso: el doctor Leoncio Martínez. En contraste con los militares y el «héroe popular», éste parece tener éxito: apoyado por los americanos sube con su partido, «Alfa-Omega», al poder. Pero Carpentier, evidentemente, ironiza esta forma de «democracia» que sólo permite la «libertad de acción sindical, siempre que ésta no rompiera con una necesaria armonía entre el capital y el trabajo», y que acepta sólo una «oposición cooperativa, constructiva» (320 y sigs.). El único que, al parecer, merece la confianza del autor es «el Estudiante», comunista que trabaja hacia un nuevo futuro silenciosamente. El clímax de la novela lo constituye la confrontación entre este estudiante anónimo («Alvarez, Alvaro o Alvarado», 180 y sigs.) y el dictador, ya muy mayor. Ellos se reconocen en sus papeles, dictados por las circunstancias, de «el de Arriba» y «el de Abajo» (234 y sigs.). Sin embargo, el autor no presenta una escena convencional entre «tirano clásico» e «intelectual pajizo», sino que da vida a aquélla con recursos estilísticos⁷. El mensaje político —si es que lo hay— es que un dictador sólo puede ser derrumbado «por-un-le-va-n-ta-miento-po-pu-lar» (239), la palabra clave del relato.

Los Estados Unidos están presentes con sus actuaciones conocidas y, por tanto, acusadas: sus «desembarcaciones, intervenciones, ocupaciones»; la United Fruit Co.; la caricatura de un embajador «tenista»; etc.

Ahora bien; no tenemos una novela seca, un panfleto político, sino, en gran parte, la caricatura de un país dictatorial, con su estallido de situaciones cómicas, con un pícaro como protagonista. El propio título denuncia la ironía del autor. Se trata de una pervisión de *El discurso del método*, de Descartes. Todos los capítulos y segmentos (en total veintidós) comienzan con una cita cartesiana que «juzga» los actos más inauditos del dictador, las matanzas y brutalidades de gran escala: «Nada de entierros...; se entrega el hambre a la familia» (52, cf. 71). Viaja el dictador con su maleta «Hermes» que, en vez de «papeles de una trascendental importancia», guarda diez cantimploras de ron Santa Inés; se burla todo el pueblo de sus discursos profusos, con invocaciones a «la guía de toda razón», llenos de templos cívicos y plagios de otros autores. Se despide de su secretario renegado: «Tu quoque, fili mi», y habla en latín del «pequeño Larousse» (278, 179). El precio del azúcar —producto del que vive la nación— sufre una terrible caída, en acorde con la temporada de ópera: con las loas al becerro de oro se lo cotiza a 23 centavos; con el himno americano baja a 17; con *Thais*, a 11,35; hasta que, al final, con el desastre de *Aida*, se cumple el desastre monetario de una caída a 5,22 (205). En la recogida de «libros rojos», los policías se apoderan de *La aurora roja*, de Pío Baroja, y un librero, enfurecido, les recomienda la cremación de *La caperucita roja* (181). Al final, las masas arrojan sus estatuas al mar, una que le presenta de «patricio romano, de tribuno-con-el-brazo-señalando-algo», etcétera (292).

⁷ Monólogo interior, picaresca, sentimientos e impresiones fuera de lo estereotipado, etc.

En fin, Alejo Carpentier ha creado con esta novela un panorama, una síntesis de la dictadura hispanoamericana⁸, con un personaje-arquetipo que, sin embargo, cobra vida y que destruye el mito del «dictador» que recorre la literatura desde *Tirano Banderas* y *El señor presidente*. Lo nuevo, lo sorprendente, es el humor, la ironía, la picardía.

RITA GNUTZMANN

Universidad de Navarra, Pamplona
(España)

Roy, Joaquín: *Julio Cortázar ante su sociedad*. Ediciones Península. Barcelona, 1974.

Ha pasado suficiente tiempo para que a los ya clásicos del indiscutible esplendor de la novelística hispanoamericana actual pueda estudiárseles con la seriedad y la profundidad que normalmente no permitía el asombro y la admiración del primer contacto. De ahora en adelante —y ya se viene observando algún tiempo este fenómeno— el estudioso de esta materia tendrá que estar especialmente atento a las publicaciones críticas sobre estos autores, porque el primer impacto emocional habrá dado paso a las serias reflexiones.

Especialmente digno de elogio nos parece el trabajo de Joaquín Roy, que desde su publicación se ha sumado a la lista definitiva de la crítica cortazariana. Es Julio Cortázar, dentro de este grupo de escritores aludidos, el que seguramente ha acaparado la mayor atención de la crítica. El indiscutible poder sugridor de *Rayuela*, su paradójica y espectacular carga de vitalismo y erudición, le hacen plato de todos los gustos. Sin embargo, como señala Roy, hasta el momento la crítica ha incidido especialmente sobre «tres prismas predominantes: la literatura fantástica, la teoría literaria y la búsqueda del destino del hombre». Bajo un nuevo punto de vista —la dimensión argentina de sus personajes— Roy nos ofrece una completa revisión de la obra de este autor en un serio esfuerzo documentado. Es importante destacar que el trabajo revisa todo lo que el escritor había publicado hasta el momento: desde los «comienzos anónimos» de *Presencia* (1938), hasta *El libro de Manuel* (1973). Y son escasos los estudios que se presentan tan ambiciosos.

En el primer capítulo, Roy consigue sintetizar, a través de la revisión de los principales autores que se han ocupado del tema (Ortega, Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz, Mallea, Murena y Mafud) la a su vez difícil tarea de determinar «la oculta esencia» del pueblo argentino. Son cuatro los rasgos que ve destacados en este pueblo: el desarraigo, la soledad, el escapismo, la amistad. Sabido es que nada hay más transitorio, provisional e inestable que los estereotipos nacionales, los rasgos fijos de carácter colectivo. Sin embargo, ahí está de siempre, en la preocupación de los ensayistas, el afán de determinarlos. Especialmente significativo es este hecho entre los hispanoamericanos quienes, por la peculiaridad de su historia, se han sentido en la necesidad —y esto se manifiesta, como es sabido, hoy más que nunca— de determinar la identidad de cada uno de sus pueblos. Y también la de sus hombres y obras. Desde la polémica de la

⁸ Cf. la vuelta del final a las mismas palabras del comienzo (11, 357) y la única fecha de un segmento, «1972», bajo el lema *caos*.